

vantando un poco el visillo, le vió desaparecer tras los troncos de los árboles del paseo.

La partícula de oro se había adherido al grano de arena: la corriente de la vida debía arrastrarlos juntos desde aquel día.

Don Luis permaneció en el despacho contemplando las cuartillas: "¡Si esto es un discurso!--murmuraba.--¡Si no hay más que añadir al principio: *Señores*, y al final: *He dicho!* ¡Ah! sí, y algo de relleno; unos párrafos... mi consecuencia, la lealtad al gobierno, la libertad, el amor á las instituciones!"

Era cosa resuelta; los taquígrafos tendrían que trabajar por causa suya.



VIII

Por fin habló Don Luis. Al cabo de muchos años de silenciosa vida parlamentaria, el *Diario de Sesiones* imprimió su nombre, no sólo en el tipo común empleado para las votaciones, sino también en letras negrillas que saltaban á la vista, diciendo: EL SEÑOR AGREDA: *Pido la palabra.* Cuando leyó su nombre en los extractos de los periódicos, todavía sintió escalofríos de miedo. Al comenzar su discurso el salón estaba casi lleno, por la novedad de escuchar á un senador que dejaba de ser *monosílabo*; luego muchos oyentes se salieron á los pasillos; mas como la peroración fué corta, aun quedó número bastante para que no hiciera mal papel. En el banco azul permanecieron dos ministros. Pepe le

escuchó desde el fondo de una tribuna: los datos, apuntes y citas de sus cuartillas salieron íntegros de los labios de Don Luis, quien únicamente puso al principio un parrafito de su cosecha para pedir benevolencia, imitado de los doscientos mil análogos que había oído hasta entonces, añadiendo también alguna que otra frase para enaltecer la importancia de lo que iba diciendo. Cuando se le olvidaba algo de lo mucho que confió á la memoria, echaba mano de las cuartillas que tría copiadas de su puño y letra. Hacia la conclusión quiso extenderse en consideraciones originales; pero se le atravesaron en la garganta y terminó declarando que no proseguía por no molestar más la atención de la Cámara. Un buen orador hubiera podido fundar un verdadero triunfo sobre los materiales reunidos por Pepe: Don Luis quedó bien y nada más. Al acabar sonaron algunos aplausos en los bancos de la mayoría, y todo el mundo dijo que había estado discreto y que aquello representaba gran conocimiento del asunto. Un ministro felicitó al orador y esto le compensó el disgusto que le dieron los periódicos de oposición limitándose á decir que el señor Agreda había consumido un turno en pró. En cam-

bio, á la hora de comer fueron á verle muchos amigos y después estuvo con su hija en el con-cuerto del Retiro, dando vueltas y más vueltas, como torero que por la tarde ha metido el brazo con fortuna en una buena estocada.

Al retirarse á casa le decía Paz:

—Dí, papaito, ¿te han servido los papeles que te trajo aquel muchacho del Senado?

—Algo, algo; el chico no es tonto... tiene buena voluntad y parece listo.

—Sí, ¿eh?

Paz no sabía cómo sugerir á su padre la idea de que utilizara de algun modo los servicios de Pepe, pues comprendía que Don Luis no necesitaba secretario ni escribiente. En realidad, su malicia llegaba tarde; la vanidad satisfecha se había adelantado al amor impaciente. El orador iba ya pensando en abordar otro asunto antes de la clausura de las Cortes. Además, la fortuna favoreció á los enamorados, porque los electores de Don Luis acostumbrados á su largo mutismo, le dispararon una nube de telegramas de felicitación, tras del telégrafo usaron del correo y, como fué preciso contestar á tanta enhorabuena, el senador determinó emplear á Pepe como escribiente.

Una mañana llegó éste no hallándose Don Luis en casa, y pasó á la pieza de los libros, inmediata al despacho: poco después apareció Paz, disimulando su turbación y haciéndose la distraída. Hasta entonces sólo había cambiado unas cuantas frses, pero sin tener una conversacion formal: por lo tanto, la primera vez que hablasen á sus anchas, la entrevista tendría importancia, dada la grata complicidad establecida entre ambos. Paz, después de saludarle, no se atrevió á desplegar los labios: carecía de experiencia en tales achaques; pero su instinto femenino le decía que no era ella quien debía hablar primero, y apoyandose en el marco del balcon dejó pasar unos instantes. Pepe se levantó de su asiento, y acercándose á ella, á distancia que acusaba mayor respeto que impaciencia, la dijo:

—Señorita, mi primer deber es suplicarla que me perdone. Confieso que me ha cegado la vanidad. No espero una indulgencia que no merezco. Lo que he hecho está mal, lo sé, sin embargo, no he podido contenerme. ¡A qué mentir, si vd. debe comprender lo que pasasen mi alma?

Ella quiso hablar y Pepe hizo ademán de que le dejase proseguir.

—Antes de que vd. me diga una sola palabra, quiero yo ser enteramente franco con usted. Mi posición, mi vida, mi pobreza, y quién sabe si mi educación también, me separan de vd. He cometido la imprudencia de dejar asomar á los ojos lo que sentí al conocer á vd. . . . Luego creí ver que vd. no mostraba enojo, porque quizá el desprecio le parecería demasiado cruel, y así ha llegado esta situación, en que no hay más que un culpable: mi vanidad. Debo reparar mi error á fuerza de franqueza.

Este lenguaje dió alas al carácter vivo de Paz

—Sí, tiene vd. razón; comprendo que hago mal; no he debido venir hoy á este cuarto; pero es que yo soy tan leal como usted. Usted quiere que crea en su sinceridad; yo también tengo derecho á exigir que no me tache vd. de coqueta ni piense vd. que soy capaz de divertirme en humillarle.

--Reflexione vd. lo que dice, señorita. Es vd. demasiado buena para pagar con burla y desprecio el sentimiento que ha despertado en mí; pero no se inspire vd en la lástima que

de mí sienta, sino en los implusos de su propio corazón; no olvide vd. que seguir escuchándome ahora es contraer. . . . Lo que con otro hombre sería un juego, conmigo sería un escarnio.

Ella, desásosegada, sonrió, mirándole como quien da á entender que acaso no esperaba oír tanto, y le atajó la frase.

— ¡Jesús, Dios mío! ¡Cuanto pide vd! ¡Antes tan humilde, y ahora tan exigente!

— ¡Exigente!

— Sí; apuesto á que iba vd. á decir *contraer compromiso*.

El calló: Paz, haciendose la distraída, se alejó dos ó tres pasos y, mirando de nuevo á Pepe, continuó:

— Debía bastarle á vd. ver que no estoy enfadada. . . .

Luego, ¡aun sabiendo vd. lo que pasa en mi corazón permite vd. que yo siga viviendo á esta casa!

¿No volverá vd. á hablarme de su pobreza? No sé en qué consiste; pero cuando usted dice algo que puede humillarle, parece que yo soy la humillada.—Y quiso marcharse.

— No, señorita; oígame vd. un momento.

¡Si vd. supiera comprender lo que es para mí su indulgencia!

Sin dejarle acabar, se dirigió á la puerta del despacho, y en voz muy baja, con un moñín encantador, volvió á repetirle.

— Exigente, exigente.

¿Qué más podía desear? “No estoy enfadada”—le habia dicho— “no vuelva vd. á hablarme de su pobreza.” Pretender mayor claridad sería insensatez.

Al cabo de dos meses sus diálogos eran ya muy distintos; que cuando la estimación abre vereda, el amor ensancha y allana pronto el camino. Ni Paz sentía ya cortedad, ni Pepe manifestaba aquella desconfianza fundada en lo distinto que se le ofrecía el porvenir de cada uno; las frases que cambiaban eran protesta de cariño, promesas de firmeza, todo el repertorio monótono y vulgar de los enamorados, siempre romántico y exagerado, pero eternamente delicioso.

Una circunstancia, mediaba, sin embargo, entre ambos, modificando sus caracteres. Ella, á pesar de su viveza, temerosa de mortificar la susceptibilidad de Pepe, le trataba con uná consideración que á ninguno otro

hubiera guardado; y él, frío, descreído, bur-lón, dispuesto siempre á endulzar la realidad con su buen humor, era ante Paz reflexivo y serio, cual si le infundiese miedo aquella intimiad amorosa, que, á juicio suyo, no podría resistir al tiempo ó habría de estrellarse contra las asperezas de la vida.

No siéndoles fácil verse con tanta frecuencia como ellos desearan, acabaron por establecer para su uso particular. un servicio de correos. La iniciativa fué de Pepe: el cartero merece capítulo aparte.



IX

En la imprenta de Millá había un chico, mezcla de aprendiz y ordenanza, á quien apodaban *Pateta*. El decia llamarse Pepe Maldonadas, pero no conservaba memoria de su familia. Nadie sabia su origen; ni él mismo. Sólo recordaba haber vivido en Puerta de Moros, recogido en casa de una verdulera, tía suya, que, por considerarle muy niño, no le habló jamás de sus padres.

Una mañana la pobre vieja, que solía retrasarse en el pago de la licencia municipal del puesto de legumbres, fué llevada á la prevención y, de resultas, tomó tal sofocón, que murió á las pocas horas, viniendo el chico á quedar en lo calle, sin más amparo que Dios, con la travesura por instinto y la ignorancia